

El reino de un maestro

Gabriel Velasco

A continuación se transcriben extractos de una conversación entre el autor y el gran maestro Carlos Torre, la cual tuvo lugar en Mérida, Yucatán, el 10 de agosto de 1977.

Desde 1973, el G.M. Torre vivía internado en la casa de retiro para ancianos de Mérida, un lugar agradable, rodeado de jardines y flores, y atendido por pulcras monjas.

Cuando llegué a este lugar después de un extenuante viaje en autobús desde la Ciudad de México, eran aproximadamente las ocho de la mañana. El autor de estas líneas jamás había visto al maestro Torre en persona y sólo podría reconocerlo si aún se asemejara algo a aquel jovenzuelo delgado de gafas de carey pequeñas y circulares, como aparecía en las fotografías de los años de 1920. Pregunté a una monja que pasaba si tendría la amabilidad de presentarme con el señor Carlos Torre, a lo cual ella respondió que él estaba apenas desayunando, pero que lo llamaría en unos 10 o 15 minutos. ¿Cómo sería el aspecto actual del ajedrecista yucateco después de más de 50 años? ¿Acaso estaría tan cambiado que podría

pasar frente a mí sin que pudiese reconocerlo? ¿Cómo debía presentarme y qué cosas debía preguntarle? ¿Estaría Carlos Torre lo suficientemente lúcido como para sostener una entrevista normal?

Todas estas interrogantes y otras más me asaltaron durante angustiosos minutos de espera, hasta que por fin apareció frente a mí un anciano delgado y sonriente, de aspecto muy agradable y amistoso, vestido con un traje informal de gruesa tela que desafiaba el caluroso verano yucateco. No había duda de que se trataba del legendario gran maestro, cuya biografía me había propuesto escribir desde 1976, cuando cursaba estudios de posgrado en Kiev, Ucrania, entonces parte de la Unión Soviética.

Cortésmente me presenté y me disculpé por haber interrumpido su desayuno. Noté que el maestro llevaba un libro forrado de color blanco en el bolsillo y, por lo visto, no fui lo suficientemente circunspecto para disimular la mirada. Sin embargo, inesperadamente ello dio pie a que fuese el mismo Carlos Torre quien iniciase la conversación:



— ¿Cuánto cree que me ha costado este libro? ¡Únicamente cuatro pesos! Se lo he comprado a un amigo, pero creo que es ridículo, porque tan solo la cubierta de plástico costó seis pesos.

— ¿Es un libro de ajedrez acaso? ¿O alguna novela lo que lee usted, maestro?

— Ninguna de las dos cosas. Es un libro de divulgación científica. De hecho es un texto escolar. Leo esto para distraerme y realmente lo encuentro entretenido.

Después de manifestarle al maestro Torre mi interés por su vida, partidas y recuerdos, le formulé algunas

de las preguntas que había contemplado previamente para iniciar esta entrevista.

— ¿Podría decirme, maestro Torre, a qué edad y bajo qué circunstancias aprendió usted a jugar ajedrez?

— Creo que tenía unos seis años cuando aprendí el movimiento de las piezas y el objetivo del juego. Fue mi padre, cuyo nombre era Ejidio, quien me enseñó a jugar ajedrez. Él era buen jugador y recuerdo que jugaba por correspondencia.

— ¿Cuántos hermanos tuvo usted, maestro Torre?

— Fuimos siete hermanos, cuatro hombres y tres mujeres. Yo fui el



- penúltimo de todos. Pero ahora, aparte de mí, solamente sobreviven dos hermanas. Una de ellas vive a unos 20 kilómetros de aquí y la otra ha vivido en Nueva Orleans desde 1915. Ella se casó con un norteamericano y creo que ya ha olvidado incluso el idioma español.
- De todas las grandes partidas de ajedrez que usted jugó en su juventud, ¿cuál diría que es su favorita?
 - Creo que la partida que siempre he recordado con mayor agrado fue la que gané al maestro inglés F.D. Yates en el torneo de Marienbad, 1925. El plan ganador fue muy sutil y profundo, y lo inicié cambiando un alfil por un caballo, que en esa posición parecía innecesario. A la postre, dicho cambio resultó ser la clave del plan, y la ejecución del mismo resultó algo muy agradable. Un regocijo adicional me lo dieron las palabras de admiración que expresó el gran maestro Aaron Nimzowitsch al final de la partida. Pocas alegrías pueden compararse a las que experimenta un joven ajedrecista cuando es felicitado sinceramente por un gran maestro consagrado. Y no hay que olvidar que Nimzowitsch siempre fue muy parco en expresar elogios a cualquiera por una partida bien jugada.
 - Y ahora una pregunta que no podría dejar de formularle: ¿Por qué razón retirarse cuando uno ha empezado una carrera de manera tan brillante? ¿Hubo algunas razones especiales que lo movieron a dejar el ajedrez activo en 1926, antes de cumplir los 22 años?
 - Después del torneo de Chicago, en 1926, mi salud estaba muy quebrantada debido a mi precaria alimentación. De hecho, sufrí una crisis nerviosa. Un joven soltero, con escasos e inestables ingresos económicos, lejos de sus familiares y con una salud frágil, siempre está propenso a depresiones nerviosas. Los viajes y la vida en torneos de alto nivel es algo intenso, pero enajenante. Yo preferí regresar a mi país a trabajar con mi hermano en algo más estable. A la postre abandoné el ajedrez competitivo, mas nunca el amor por este bello juego.
 - Durante sus años formativos como ajedrecista, ¿qué maestro o maestros ejercieron más influencia en su juego o en su estilo?
 - Sin duda el doctor Emmanuel Lasker, pero también aprendí mucho del estudio de las partidas famosas de Morphy, Steinitz, Mason y Tarrasch. Mis primeros libros de ajedrez fueron los de Mason, y creo que ejercieron influencia en mi estilo.



- ¿A quiénes considera los mejores ajedrecistas de la historia?
- A los campeones mundiales. Y antes de ellos a Morphy y a Filidor. A Rubinstein lo conocí ya en sus años de decadencia, pero en su juventud alcanzó una destreza formidable. En 1925, Capablanca me dijo que Rubinstein ya estaba acabado.
- Hablando de otras cosas, en algunos de sus libros, el gran maestro norteamericano Ruben Fine contaba anécdotas curiosas acerca de usted, como por ejemplo, que casi nunca podía conciliar el sueño, o que comía grandes cantidades de helados o de golosinas y que solía recomendar a los colegas grandes maestros que se alejasen de las mujeres, porque costaban mucho dinero.
- ¡Caracoles! ¿Eso ha dicho? Me parece que Fine ha exagerado mucho. Sinceramente, creo que la mayoría de las anécdotas que se cuentan en el ajedrez son sobradamente exageradas. Es cierto que yo dormía muy poco en comparación a los ajedrecistas comunes y corrientes, que suelen acostarse a las tres o cuatro de la madrugada y levantarse al mediodía. Yo me acostaba como a las tres de la mañana, pero no podía evitar despertarme a las siete u ocho de la mañana. Realmente son pocas horas de sueño,



- pero no sentía que me afectara en mi desempeño como ajedrecista. Los comentarios acerca de las mujeres no recuerdo haberlo dicho, pero ya que usted lo menciona, nadie duda que sí cuestan mucho dinero. Pero, bueno... son un mal necesario. Aquel gran filósofo griego de la antigüedad, Sócrates, lo había dicho claramente: Te cases o no te cases, de todos modos te vas a arrepentir.
- ¿Qué recuerdos tiene del ajedrecista que era campeón mundial en los años en que usted fue maestro activo? Me refiero al cubano José Raúl Capablanca.
- Era un ajedrecista de talento extraordinario. Mi impresión como ajedrecista es que Capablanca jugaba para el final. No le importaba que la partida se prolongase 60 u 80 movimientos o más. Él veía o sentía lo que había que hacer en cada posición y lo llevaba a cabo. A mi juicio, una prueba de portentosa intuición es la partida que jugó contra Bogoljubow en Moscú 1925. El gran maestro cubano sólo reflexionó unos cuantos segundos para realizar un complicadísimo sacrificio de pieza que al final resultó correcto. Estoy convencido de que Capablanca ni siquiera analizó las consecuencias de esa jugada. Él intuía que era correcta y simplemente la realizó.
- ¿Entonces podría usted afirmar que el Capablanca de los años veinte fue superior a Alekhine de los años treinta?
- Yo no diría tal cosa. El hecho es que ellos jugaron un match y Alekhine lo ganó convincentemente. Tal vez unos 5 o 10 años antes, Capablanca habría ganado con facilidad, mas cuando jugaron Alekhine ganó y convenció, pero Capablanca desilusionó a muchos al cometer errores que antes jamás hacía. Tal vez por 1936, Capablanca era de nuevo superior a Alekhine, pero también Botvinnik, Fine, Flohr, Keres y Reshevsky lo eran. Incluso Max Euwe demostró ser superior a Alekhine en 1935.
- Muchos han atribuido la baja de juego de Alekhine a su desmedida afición al alcohol.
- Tal vez algunos años antes de la guerra, pero no cuando yo lo conocí. Para mí, él era un hombre muy centrado y disciplinado, con una enorme capacidad de trabajo y memoria prodigiosa. Realmente era asombroso el número de partidas y posiciones que conocía de memoria. Su mayor virtud era la capacidad para calcular variantes mentalmente, algo que había desarrollado jugando muchas partidas a la ciega. En el cálculo de variantes Alekhine era muy superior a Capablanca y a todos los demás.



- ¿Y qué hay de Lasker?
- El doctor Lasker era un ajedrecista más práctico y racional. Su estilo era mucho más parecido al de Capablanca que al de Alekhine. Un jugador práctico con una intuición fina puede economizar mucho tiempo y energías, ello le permite jugar rápido sus partidas y conservar un alto nivel, aun a una edad avanzada.
- ¿Admiró usted a algún otro maestro de los que no hemos mencionado en esta conversación?
- Sí. A Efim Bogoljubow. Fue un ajedrecista formidable y además hizo notables aportaciones al desarrollo de la teoría ajedrecística. Fue Bogoljubow quien propuso dividir las columnas del tablero en flanco de rey, flanco de dama y centro. Además, escribió el primer tratado científico de aperturas.
- ¿A quién consideró un oponente más duro: a Spielmann o a Marshall?
- A Spielmann, sin duda, aunque Marshall fue un ajedrecista muy bueno, además de ser una fina persona y gran amigo.
- Muchos lo recuerdan a usted por su famosa victoria contra el doctor Lasker en Moscú 1925, donde usted sacrificó la dama y mostró la fuerza del 'molino' o 'lanzadera'. ¿Considera usted esa partida como la mejor que ganó?
- A decir verdad, no la considero como una buena partida, porque ambos cometimos varios errores. Hubo muchas otras partidas de las que me sentí más orgulloso, como por ejemplo mi victoria contra el ruso Gotthilf en Moscú 1925. También me produjo mucho placer la forma como impuse una pequeña ventaja material contra Winter en Detroit 1924.
- ¿Cuál fue la partida más difícil que jugó usted en su vida?
- Tal vez la que le gané a Whitaker en el campeonato occidental de 1924. Al principio, la posición estaba igualada, entonces yo ofrecí tablas, pero para mi sorpresa, el maestro Whitaker las rehusó. Así que decidí emplearme a fondo y explotar al máximo cualquier pequeña imprecisión de mi oponente. De ahí derivó mucho forcejeo y tensa lucha. Unas 20 jugadas después, mi oponente, en posición inferior, me propuso tablas, pero ya era demasiado tarde. Yo estaba determinado a ganar, y gané, aunque hice un esfuerzo casi sobrehumano.
- ¿Y qué hay de sus dos brillantes victorias contra el gran maestro vienés Ernest Grünfeld en 1925?

- La primera fue solo una celada de apertura en la que el maestro vienés cayó por descuido. La segunda, en el torneo de Marienbad, sí fue una partida complicada, y el doctor Lasker la incluyó con comentarios en su *Manual de ajedrez*.
- ¿Y su victoria contra Sammy Reshevsky en el Campeonato Occidental de Detroit?
- Bueno, sí fue una buena partida, pero Reshevsky era aún más joven que yo y todavía no alcanzaba la madurez de sus mejores años.
- ¿Ha seguido usted las incidencias del ajedrez mundial después de su retiro, o se ha mantenido completamente al margen?
- A veces me visitan ajedrecistas y me obsequian revistas o libros recientes de ajedrez, lo que me permite mantenerme informado de lo que sucede en el mundo. Pero solo los leo superficialmente.
- Bueno, maestro Torre, no quisiera abusar de su tiempo. Le agradezco me haya permitido esta entrevista. Ha sido un honor conocer personalmente a quien fue el mejor ajedrecista mexicano de todos los tiempos.

